

tos que envuelven a la gran metrópoli? ¿Servirán de rebozo a los zepelines, cuando su formidable escuadra voladora se sitúe encima de los Palacios y de San Pablo y del Parlamento y de la Torre Histórica, poblada de fantasmas sangrientos, y destruya la ciudad?

Es el problema que trae preocupados a todos, porque es el secreto de Alemania, y el secreto del destino. El día en que los formidables pájaros de guerra digan su última palabra, tal vez será igualmente el último de esa lucha, espantosa, sobre todo por su duración. Y se espera la intervención de los zepelines, para que señalen el término de la angustiosa pesadilla.

* *

El mundo entero parece haber suspendido la respiración aguardando lo que venga... Y lo que viene son combates tras de combates, carnicerías tras de carnicerías...

He oído a una señora exclamar, con los ojos dilatados de terror:

— Pero, al final, ¿quedarán todavía hombres en el mundo?

Hasta hay quien supone que habrán de repetirse las escenas cómicas del Paraguay, donde, según fama, por las calles, las mujeres, en pos de la despoblación que originaron largas y cruentas guerras, detenían a los varones, pidiéndoles, como favor singular, que las tomaran por esposas, o cosas peores...

Lo que se prepara, lo que deviene, tras de los inauditos sucesos y choques actuales, no lo sabe nadie, nadie lo puede conjeturar. Pero será, de cierto, un cambio radical. Todo variará (además del mapa).

* *

Entretanto, España, algo cansada su siempre fugaz atención, no desearía cosa mejor que desviarse de la guerra, distraerse con otros temas y otras ocupaciones. Y no lo consigue. Todo cuanto sucede, no resuena: parece que, excepto para las noticias de la lucha, hay un fondo acolchado, que ahoga hasta los rumores. Las Cortes están abiertas; apenas si presta oído a sus deliberaciones el país. No faltan asesinatos ni corridas de toros; nadie, sin embargo, se ocupa de todo ello. Los teatros tampoco logran que se discutan ni se jaleen las obras que estrenan. Los escritores apenas publican. Si publicasen, no se les leería mucho. Dijérase que las letras han dejado de ser una necesidad social y son apenas un lujo, un accesorio más o menos bello.

La literatura, generalmente, adquiere, después de las guerras, nuevo desenvolvimiento; toma vuelo, se renueva y remozca. Así sucedió pasada la época tumultuosa del Imperio; nadie ignora cuánto contribuyó al advenimiento del romanticismo. La literatura, en general, no precede, sino que sigue, a los magnos fenómenos sociales, nuestro siglo de oro literario vino después de las extraordinarias irradiaciones de nuestro siglo de oro guerrero, reconquistador y descubridor.

¿Qué traerá a las letras la enorme convulsión que estamos presenciando? (es un modo de decir).

* *

No ha aguardado, sin embargo, esta vez la literatura, para responder a la transformación social, a que el conflicto se desencadene. Desde hace tiempo presenta síntomas de relación con los presentes sucesos. Le notábamos, y no con regocijo, los que seguimos sus evoluciones, con ansias de vigías y con inquietud de pasajeros en barco que corre peligro. A la caída del naturalismo realista, que tuvo en España tan ilustres representantes, siguió el neidealismo decadentista, de suyo deleznable; y sobrevino, especialmente en la novela, una literatura que no puede tener en España intérpretes muy caracterizados, porque no responde ni a nuestro modo de ser actual ni al tradicional. Esta literatura es la que pone en juego la actividad humana para la conquista del dinero, en una o en otra forma, lícita o ilícita. Esta literatura prescinde de los afectos del alma; no estudia los desórdenes de la pasión; no otorga beligerancia al sentimiento; no va más allá de lo externo, de lo material; es casta, porque se escribe para países donde las *girls* y los *boys* forman el más denso contingente de lectores; es científica porque en la ciencia, en la cual creyeron los de una generación atrás encontrar explicación en lo desconocido del Universo, los de la generación siguiente ven un medio de construir máquinas de fuerza inaudita y cañones de alcance jamás visto; y es dramática, porque toma el drama escueto, sin interesarnos por sus móviles psicológicos. Y esta literatura (aunque no

quiera y reniegue de su verdadero padre, desdenándolo por candoroso) procede en línea recta de Julio Verne, que valía más que todos los de ahora. Es la literatura de viajes, de trenes y navíos, de *detectives*, ladrones y policías; toma por escenario el aeroplano, el fondo de la mina, las terrazas del rascacielos. Su expresión más típica la veo en *El Túnel*, de Kellermann, novela que ha conseguido ediciones a manta de Dios, traducciones a todos los idiomas, y hace las delicias del pueblo norteamericano. Yo, dentro del género, prefiero los viajes submarinos y al centro de la tierra, del buen Julio.

* *

La nueva fórmula literaria, expresión de la universal tendencia a ganar oro, me hace reflexionar, pensando en lo que se ha escrito acerca de nosotros, y las virtuosas indignaciones que hemos tenido que sufrir, por nuestras campañas al través de América recién descubierta, y en las cuales, digan lo que digan los indignados, no buscábamos solamente el oro, sino otras muchas cosas, algunas de un orden enteramente espiritual e idealista. Transcurridos desde el siglo XVI cuatro más, y después de habernos puesto como hoja de perejil, porque realizamos la gran picardía que otras naciones rabiaban por no haber realizado, de descubrir, conquistar y civilizar a estilos de blancos tan vastas y pobladas regiones, cuando ya fué cosa acordada que no éramos más que unos aventureros codiciosos, y sólo conseguimos trocar por sartas de cuentas y abalorios oro virgen; que además no teníamos entrañas; que no dejamos titero con cabeza y nos comimos a los niños crudos — cátrate que un buen día (igalicismo atroz!) las naciones más cultas de Europa se enzarzan en la guerra comercial, del dinero, y buscan el triunfo sobre hacinamientos de carne humana sangrienta y palpitante y destrozada y retorciéndose de dolor, y todas sus fuerzas se concentran en lograr vender sus marcas y hundir las marcas del enemigo; y las letras, que han anunciado por esta vez el fenómeno social, no conocen más asuntos que los relacionados con los modos de adquirir y los de traficar y los de destruirse!

* *

Si no temiese que supongan en mí intento de paradoja, diría que lo mejor que hicieron en América nuestros aventureros gloriosísimos, fué eso que se les reprocha tanto: recoger oro. Porque justamente la raza ha sido, en conjunto, indiferente a la ganancia material, y poco dada a las disciplinas comerciales e industriales. Y si bien el recoger oro en su forma tangible, en barras, tejuelos, lingotes y cadenas, no es lo mismo que comerciar, y hasta puede parecer lo contrario, al fin era un poco de sentido práctico el que podía entrarles en las venas y en la mente a nuestros luchadores, al intentar traer a Castilla un pequeño peculio, salvar de la miseria a la dueña pálida que en el solar hidalgo, sola y silenciosa, trabajaba en su dechado esperando la vuelta del que pasó a las Indias con el señor Hernando Cortés o el señor Francisco Pizarro...

¿Qué mucho, si algo esperasen y se prometiesen unos voluntarios que no cobraban paga alguna, e iban a exponerse, no sólo a los naturales riesgos de toda guerra, sino a los muy extraños y singulares de ser comidos, de caer sacrificados en las aras de algún ídolo de espantable catadura? Y entonces no se había inventado la Cruz Roja, y los heridos se curaban con ensalmos y aceite. No se comía, o se comían yerbas, muchos días seguidos. Era aquello cosa aparte, de la cual no dan idea las modernas peleas.

Y todavía nos andan armando camorra por unos dijecicos de oro, y quisieran que hubiésemos peleado, allá en los términos de Acolúa, con mil contemplaciones, exhortando y sin hacer daño a nadie... ¡Enteramente lo mismo que hoy alemanes, rusos, turcos, franceses, austriacos, ingleses, montenegrinos, serbios, y se disponen a hacer boeres y afganes y egipcios y el diablo!..

¡Emplean unos medios tan humanitarios y dulces! ¡Abren de tal modo las ostras por la persuasión!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Una figura que se destaca en la situación actual, no sé si con relieve mayor que ninguna otra, es el odiado, adorado, discutido, aclamado joven y determinado Kronprinz.

En este mozo ven muchos el eje de la guerra y hasta su causa determinante. Claro es que se engañan; porque la guerra no estalló porque un muchacho, hirviendo en deseos de jugar a los soldaditos, haya manifestado, por cierto con desaprobación de su padre, tales ansias, en un banquete de oficiales, y supongo que en conversaciones privadas con sus amigos, y acaso en semiindiscreciones de entrevistas con algún periodista de altura (pues otros no llegarían hasta él). Es más; la guerra tampoco se declaró por voluntad de Alemania, a pesar de los preparativos que tenía hechos la nación, y bien se ve ahora cómo eran de formidables y complicados. Sin duda fué Inglaterra la que prendió fuego a la mecha, con disimulo, pero con seguridad. Que el Kronprinz tuviese un alegrón, no lo discutamos.

En el Kronprinz, sin embargo, tiene puesta su fe legendaria Alemania entera. La significación del heredero es la popular, la definitiva, la que ha de dar a los alemanes la supremacía en el mundo, o les ha de reducir a ser una nación sajona más, de escaso círculo de influencia, como Noruega o Dinamarca.

Así, en el Sigfrido imperial han cifrado sus ilusiones, han concentrado su cariño y su esperanza. Siempre la juventud encierra promesas, es el capullo y en el capullo se sueña la flor más hermosa y lozana. Y he ahí cómo el Kronprinz, antes de reinar, hallándose su padre animoso y fuerte, ha venido a aventajarse en el amor de su pueblo.

Por lo mismo que es el ídolo de los germanos, es el coco de los francófilos, que cada día le inventan un infundio. Acaban ahora de darle por muerto, y es más, por enterrado.

Así le quisieran. Pero él continúa fuerte y duro a la fatiga, con su delgado corpezuelo de acero; su cara casi femenil, sin rasgos acentuados, de ojos fríos. Si triunfan sus tropas contra el mundo entero (porque esto es lo que ocurre en la presente contienda; un pueblo solo cercado de otros que le acometen, cual jabalí entre alanos), ¡cuál será el gozo del héroe niño! Entrará en el porvenir con una aureola... si antes los augurios y los hados no han promulgado un funesto decreto, y esa existencia, alrededor de la cual giran tantos intereses, no ha sido cortada — pues es alarmante ya el número de príncipes que en la contienda han dejado, como los héroes de Homero, la dulce vida...

* *

Es alarmante y también es honroso. En medio de los inventos formidables y las modificaciones que la ciencia ha traído al arte de combatir, no puedo desechar las ideas tradicionales, y sigo creyendo que con las tropas y a su frente deben ir los jefes de hombres, los monarcas, los príncipes de la sangre, las cabezas de los pueblos. Y así sucede, en efecto, al menos en Alemania. La casa real inglesa ha dado contingente (dígalos el malogrado Mauricio de Battenberg); pero el rey de Inglaterra sigue resguardando su Graciosa Majestad entre las nieblas del Támesis. ¿Qué enigma velan los tules cenicien-